

ra acción indecorosa de vuestra vida. No queda deshonrada un caballero si frecuenta...

**De comunicación.** Entre varias que se ofrecen, nótese aquella tan natural (V): «Ahora bien, aquí tenéis al culpado á los pies del inocente. ¿Qué debe hacer Venceslao en este trance? Aconsejádselo vosotros. ¿Le clavará el corazón...?»

**De execración,** la brillante y aterradora del XI: «Si, muera el desdichado... caiga el miserable, prevalezcan sus enemigos, quede viuda su esposa, huérfanos sus hijos, y los hijos de sus hijos vayan errantes, sin hallar un techo dónde guarcerse, ni un andrajo con qué cubrirse. Sea hasta los cimientos...»

**De licencia** (V): «¿Y queréis para vosotros esa gloria? Tomadla enhorabuena; que yo quiero ser infame... quiero ser infame con los siervos de mi Señor...»

**De repetición,** sólo citaremos la postrera de: «Venganza... venganza». Y como bellissimo conjunto de toda clase de ornamentos, de interrogaciones, obstaciones, apóstrofes, ironías dulcísimas y dialogismos rápidos es la postrera parte de la refutación, donde desahoga el orador su pecho con tal fuego y gradación, que remata por decir: «Cristianos, no puedo más; mi corazón estalla, no sé si de abominación ó de celo». Y cuando ya los tiene ablandados, les arranca lo que pretende con aquella interrogación: «¿Y seréis vosotros de aquellos...? ¿Sufriréis que quede su Majestad ultrajada, escarnecida, pisoteada, por no perder vosotros un punto de vuestra honra?»

Pero lo más discreto de estas conmociones es, ya la delicadeza con que prepara los ánimos, en lo cual sin duda resplandece nuestro orador, ya en el señorío de sí mismo y de sus afectos encendidos, no desmandándose nunca, antes templando los estilos de la oración ínfimo y medio con el sublime dominante. Porque bien sabía lo que advierte Tulio: que el orador que no sabe hablar nunca sereno, tranquilo, con claridad, con distinción, con donaire, si sobre esto entra como de golpe á enardecer su discurso, parece un loco entre los cuerdos y un ebrio que anda perdida la cabeza entre los sanos. *Qui enim nihil potest tranquille, nihil leniter, nihil parite, definite, distincte, facete dicere... si is, non prae paratis auribus, inflammare rem coepit, furere apud sanos, et quasi inter sobrios bacchari vinolentus videtur.* (Orat., XXVIII; según otros, XV.)



## DISCURSO CUARTO

### LA PALABRA DE DIOS

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei. No vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

(MATTH., IV, 4.)

### EXORDIO

#### I

*A sisscribibus canisat.*

QUE la palabra de Dios sea para el alma lo que el manjar al cuerpo, es cosa tan manifiesta que no ha menester demostración. Así lo trae con los mismos términos el glorioso San Crisóstomo: Lo que es el manjar respecto del cuerpo, son al alma las palabras de la celestial sabiduría: *Quod corpori est cibus, hoc animae est divinatorum eloquiorum doctrina*<sup>1</sup>. Así lo confirma San Gregorio: La comida del alma, dice, son las palabras de Dios. *Cibus mentis est sermo Dei*: Así el bienaventurado San Ambrosio, diciendo que el manjar del espíritu es la palabra de Dios: *Cibus mentis est verbum Dei*. Así, finalmente, todos los doctores y santos de la Iglesia.

<sup>1</sup> parte. *Captane la doctrinal.*

La palabra de Dios es manjar del alma:

por congeries de testimonios.

Y no es maravilla, católicos, porque la palabra de Dios mantiene al alma en su calor y vida sobrenatural; ella la alimenta, si está débil; la fortifica y robustece, si anda descacida, y la engruesa por escondida manera, si está flaca y desmayada en la virtud. Y lo que declara más la eficacia

por los efectos maravillosos que obra.

<sup>1</sup> Hom. 6 contr. Anom.



y excelencia de este manjar sobre todos los corporales, es que éstos, por exquisitos que sean y en sí muy substanciosos y al cuerpo muy saludables, suponen vida en quien los come, mas la palabra de Dios tiene fuerza para resucitar las almas que murieron. ¿Quién, pues, se admirará que diga nuestro adorable Salvador en el Evangelio de este día que no vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei*? Ya pues que la palabra de Dios sustenta al alma, parte principal del hombre, bien puede asegurarse, y no por figura ni metáfora, sino llanamente, que la palabra de Dios sustenta al mismo hombre.

Pero gran vergüenza es, y perdóneme su divina Majestad, que este manjar divino no sea ni tan universalmente codiciado, ni tan vehementemente apetecido como los manjares del cuerpo. Mas ¿de dónde procede esta tibieza, ó mejor hastío? ¿No es acaso tan bueno y excelente como aquéllos? Infinitamente más. ¿No es tan delicado? Delicadísimo. ¿Y al gusto tan sabroso? Sabrosísimo. Pues ¿cómo no hay más hambre de este mantenimiento? La causa es, si no me engaño, que no puede gustar nunca de las palabras salidas de los labios dulcísimos de Dios, quien antes quiere henchirse de las que salen de la boca inmunda del demonio. ¿Y no veis con vuestros ojos la hambrienta muchedumbre de los mundanos que se hartan de manjares grosorísimos, de conversaciones torpes, de espectáculos deshonestos, de murmuraciones y maliciosos chistes, de lecturas cenagosas, y de toda suerte de mentiras y devaneos? ¿Qué maravilla si tienen luego estragado el paladar para los manjares del cielo? Es imposible saborearse en fábulas y vanidades de mundo, y hallar deleite en la verdad; porque divinamente junta el Apóstol el cerrar los oídos á la verdad y el volverse á la ficción. *A veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur*<sup>1</sup>. Mas, sea ó no ésta la razón,

es ciertamente para llorarse con lágrimas amargas ver la poca hambre que de oír la palabra divina se advierte en el pueblo cristiano.

<sup>1</sup> 2 Tim., IV. 4.

por autoridad divina.

2.ª parte. Excita la atención

por averiguación de las causas:

sustentación por subjección bellísima

No hay hambre celestial, porque hay hartura de vanidades;

por inducción,

por razón,

por testimonio.

Propos. No hay hambre de la divina palabra.

Pluguiera á Dios que os lo pudiese demostrar hoy palpablemente, para confusión de unos, enseñanzas de otros y temor santo de todos mis oyentes; pues no sé qué mayor castigo puede enviar Dios sobre un pueblo pecador que quitarle del corazón esta hambre y codicia de verdad. Pasemos, pues, á demostrar, con el favor divino, en qué se funda este mi dolor y amargo sentimiento, y prestadme vuestra atención; porque aunque me consuela veros á muchos hambrientos y deseosos de oír la palabra de Dios, todavía me duele que no todos por ventura participéis de esa disposición tan excelente.

3.ª parte. Conciliase la benevolencia

por moción de afectos

de dolor, de confianza.

## PARTE PRIMERA

### II

Arg. 1.ª De los efectos.

Es el hambre un apetito muy agudo y desasosegado, el cual, cuando se apodera de los animales, los excita poderosamente á buscar á toda costa el mantenimiento necesario. El hambre no deja sosegar á los temerosos ciervos en sus cuevas; el hambre saca de sus madrigueras á los gamos; y el hambre fuerza á las simples avicillas á desamparar, mal que les pese, los amados nidos, y por un granito recorren campos y praderas, y se exponen á los lazos y asechanzas de astutos cazadores. ¿Qué decís, oyentes amadísimos? ¿Parécenos verdadera hambre de la palabra divina la que no tiene fuerzas para sacaros de vuestras casas, sino raras veces, á paraje tan seguro y magnífico como el templo del Señor, donde podéis proveeros abundantemente de espiritual manjar, libres de celadas y violencias, y sin gastar nada de vuestro caudal?

Quien siente hambre, busca activamente el manjar;

por delincencia,

por inducción de los animales.

Vosotros no os congojáis por oír la pal. divina;

por efectos desmejantes.

Luego.

No bien entendió Jacob que en Egipto se vendía trigo, aunque muy caro, volviéndose á los suyos, díjoles con grande inquietud: ¿Qué hacemos, hijos míos? ¿A qué tanto desmayo y flojedad? Oigo que en Egipto se venden víveres, ¿y estamos aquí consumiendo de miseria? Ea, apercibíos y bajad á Egipto y comprad á toda costa de comer; que, cuan-

Amplif. por ejemplo de Jacob.

viva prosopopeya.



do aprieta el hambre, no es razón estarse quedos esperando que se nos vendrá el pan á la boca: *Quare negligitis? Audi vi quod triticum venundetur in Aegypto. Descendite, et emite nobis necessaria, ut possimus vivere, et non consumamur inopia*<sup>1</sup>. ¿Qué sintiera el buen Patriarca, si por ventura le hubiesen dicho que el trigo no se vendía á tan caro precio, sino que se daba de balde? ¿No se hubiera medio escandalizado? ¿No corriera á lograr tan buena coyuntura?

Aplicación á majori.

Fees aquí de balde se distribuye.

Conclusión vebementic

por interrogación y sentencia enfática.

Hermanos, aquí la palabra de Dios á nadie se vende; aquí el don de Dios regalase de balde. *Gratis evangelium Dei evangelizamus vobis*<sup>2</sup>, os puedo decir como el Apóstol: graciosamente os evangelizo el evangelio de Cristo. Por nada se da, por nada se reparte la dádiva mayor del mundo. Y, sin embargo de esto, ¿no dais un paso á fin de abas- teceros de saludables enseñanzas, mantenimiento del espíritu? ¿Por qué, decidme, por qué emperzeáis? *Quare negligitis?* Porque no tenéis hambre de la palabra de Dios. Los que no buscan, dice San Agustín, lo que tienen á la mano, dan muestra de fastidio y languidez<sup>3</sup>.

### III

Arg. 2.º Refutación sucinta. Las mujeres debemos vivir retiradas.

Res. Cierto, mas no á hora de sermón.

por congeries de ejemplos bíblicos.

á Sunamitis

Santo es y muy encomendado el recogimiento, pero mejor el escuchar la divina palabra, si los quehaceres de casa lo consienten. Y advertid que no hablo solamente de los hombres, ocupados algunos á la hora que se predica en negocios que no se pueden excusar; hablo también de las mujeres. Que mujer era, y muy principal y enamorada del retiro, la famosa Sunamitis; con todo, ¿qué le dijo el profeta Eliseo, cuando previó la miserable hambre que iba á yermar la región de Palestina? ¿Por ventura: Estáte queda, mujer, no te muevas, no salgas de casa y ocúpate en tus faenas? No, sino: Levántate y ve con tu familia peregrinando por la tierra hasta que halles de comer. *Surge,*

<sup>1</sup> Gen., XLII, 1.—<sup>2</sup> 2 Cor., XI, 7.

<sup>3</sup> Qui non quaerunt quod in promptu habent, fastidii languore marcescunt. (In sent.)

*vade, tu et domus tua, et peregrinare ubicumque repereris*<sup>1</sup>. <sup>1</sup> amplificación por apóstrofo de maravilla y admiración. Profeta santo, ¿qué decís? ¿No sabéis, acaso, cuánto conviene á la mujer el encerramiento y la soledad? ¿No sabéis que son de la naturaleza del vidrio, seguro mientras se conserva bien guardado? ¿No sabéis que son como el bálsamo ó poma de olor, que mantiene su fragancia mientras no se exhala y evapora? ¿Cómo, pues, la exhortáis á que vaya peregrinando por esos mundos y por toda la tierra, y entre toda clase de gentes? *Vade et peregrinare ubicumque repereris*. Así debía ser, y fuera desatinado consejo sacarla de casa en otro tiempo, menos en tiempo de hambre. Quien tiene hambre, es fuerza, si no quiere morir, que se afane, que se mueva, que no se dé punto de sosiego, porque la necesidad carece de ley. Así lo cumplió la Sunamitis, la cual se levantó y ejecutó al punto el mandamiento del Profeta, y, saliendo con toda su familia, anduvo muchos días peregrinando. *Surrexit et fecit iuxta verbum hominis Dei, et vadens cum domo sua, peregrinata est diebus multis*, probando con su ejemplo la verdad de aquel dicho de un filósofo, que el hambre vence todos los afectos, sobre todo el de la vergüenza<sup>2</sup>. <sup>2</sup> asineton y sentencia.

¿El hambre no hizo á Noemi recorrer tierras extrañas, y á Ruth caminar disimuladamente tras las huellas de los segadores, recogiendo las espigas perdidas?<sup>3</sup>. ¿Apretada del hambre, ¿no bajó Sara con su marido Abraham hasta la región de Egipto?<sup>4</sup>. Y Rebeca ¿no fué por causa del hambre en compañía de Isaac, su esposo, á Gerar?<sup>5</sup>. ¿Y será razón que estéis en casa las mujeres, so color de más recogimiento, mientras se reparte el pan de la divina palabra, y que, atareándoos en ocupaciones no forzosas, dejéis vacía el alma y ayuno el corazón? ¿Es posible que así os dejéis vencer en diligencia y religiosidad de vuestros maridos? Si bien se examina, no es esto, no es esto amor al retiro, sino en unas poca devoción, en otras respetos vanos, en otras pereza y caimiento de espíritu. Digoos, pues, que procuréis

<sup>1</sup> 4 Reg., VIII, 2.

<sup>2</sup> Omnem affectum excludit fames, maxime, verecundiam. (Egesippus. De exc. Jud. L. 5, cap. 18.)

<sup>3</sup> Ruth., 1, 2.—<sup>4</sup> Gen., XII.—<sup>5</sup> Gen., XXVI.



desembarazaros de faenas no forzosas, que acudáis al templo aun los días no festivos, sin malgastar en ataviaros y componeros aquel tesoro que se llama tiempo, sólo bien estimado á la hora de la muerte, y que vengáis con presteza y apresuramiento, que es otro indicio de verdadera hambre.

Transición.

Arg. 3.<sup>o</sup>  
De las circunstancias.  
Quien siente hambre se da prisa;

por semejanza.

Vuestros venís  
con languidez.

Luego.

Por inducción  
contraria.

repetición,

autoridad parafraseada.

Amplif. por copia del hambriento.

## IV

Y ¿no es así por ventura? Imaginad que se abre un espléndido banquete á muchedumbre de convidados, semejante al que ofreció el padre de Sansón á su hijo <sup>1</sup>, y Salomón á sus siervos <sup>2</sup>. ¿Quiénes se adelantan y comparecen primero? Los hambrientos y necesitados. ¿Quiénes llegan tarde? Los desganados, los que van sin necesidad y por puro cumplimiento. ¿Diremos, pues, que tienen hambre de la palabra de Dios los que no una vez, sino por costumbre, entran á este convite rezagados y como por fuerza? No, no sienten esta hambre divina. Siéntenla, empero, los que madrugan por desocuparse á esta hora; siéntenla los que acuden con anticipación y se adelantan á tomar asiento en la mesa celestial; siéntenla los que reciben con gusto cuanto se les dice para su provecho. Enseña al justo, dice el Espíritu Santo, y verás cómo se apresura á recibirlo: *Doce justum et festinabit accipere* <sup>3</sup>. Enséñale cuanto quieras, y arrebatará tus enseñanzas con más ansiedad que el aveilla los granos y los pececillos el gustoso cebo. Corrígelo, y recibirá tu corrección; explícale una duda, y la oirá con deseo de aprovecharse; dale un consejo, y lo tomará al momento; proponle un ejercicio de piedad, y daráse prisa á ejecutarlo; en suma, enséñale cuanto quieras, y arrebatará tus enseñanzas: *Doce justum et festinabit accipere*. Daráse prisa los días de labor y los días de fiesta; daráse prisa en todo lugar y tiempo; daráse prisa en toda ocasión y coyuntura, al fin como hambriento y verdaderamente codicioso de manjar divino.

¡Oh qué impaciente se muestra y cómo no se da paz quien

<sup>1</sup> Jud., xiv.—<sup>2</sup> 3 Reg., iii.—<sup>3</sup> Prov., ix, 9.

tiene hambre! Riñe á éstos, porfia con aquéllos, enójase con todos y revuelve la casa, porque las viandas no están á punto. Con impaciencia da oídos á las consultas, si algún importuno le molesta; con impaciencia recibe los cumplimientos, si alguien por desgracia le visita, y, en una palabra, aseméjase á los perrillos que, en apretándolos el hambre, y semejanza. no están para caricias ni halagos. Desengáñese, no tiene hambre de palabra divina quien, hallándose en la plaza, oye tañer á sermón, que es como convidarle á la mesa celestial, y no se apresura, antes sigue parlando; ve acudir á otros con diligencia, y no se mueve; oye á los que le invitan, y hácese sordo á sus llamamientos; suena la última señal, eco último de la voz de Dios que le llama á su real banquete, y no da paso, ni osa levantarse del asiento ni desviarse del corro donde se murmura.

Por inducción  
directa y cotidiana;

contraposición  
é hipotiposis.

## V

Arg. 4.<sup>o</sup>  
De los accidentes.

¿Y quién dudará que hay poca hambre de palabra de Dios cuando considere los primores y delicadezas que el público exige hoy del orador sagrado? El hambre no repara en melindres, no es ambiciosa, dice un filósofo <sup>1</sup>. Quien tiene verdadera hambre no mira al aparato, no atiende al artificio de los guisos, no se fija en sainetes ni aderezos, y tan lejos está de distinguir manjares de manjares, que, según dice Salomón, toma lo amargo por dulce y lo dulce por amargo: *Anima esuriens etiam amarum pro dulci sumet* <sup>2</sup>, y come los agraces de Gálgaia con el mismo sabor que las celebradas uvas de Engaddí. Artajerjes, rey de los Asirios, cuando, desbaratada su gente en una batalla, fué forzado á huir, tuvo por gran dicha matar el hambre con un mendrugo de pan de cebada, que unos rústicos labriegos le ofrecieron, el cual le supo tan bien, que se quejó de sus dioses, porque hasta entonces le habían escondido aquel placer <sup>3</sup>. Y Tolomeo, rey de Egipto, huyendo también sin vi-

Quien siente  
hambre no repara  
en delicadezas;

por autoridad humana.

por congeries de  
ejemp. profanos:  
Artajerjes,

<sup>1</sup> Ambitiosa non est fames. Sen., Epist. 119.

<sup>2</sup> Prov. xxvii, 7.—<sup>3</sup> Plut. in Reg. apoth.



Tolomeo. tuallas ni bagaje, se albergó en una pobre cabaña, donde comió pan negro de salvado, pero con tanto gusto, que decía: — «A fe mía que nunca he comido manjar tan regalado»<sup>1</sup>.

los romanos. ¿Qué diré del pueblo romano, hoy tan delicado y mal contentadizo? ¿No llegó en los cercos de Alarico y de Totila á alimentarse, no solamente de carne de perros y caballos, pero de hierbas del campo y de raíces?...<sup>2</sup> Hasta las correas se comían los habitantes de Sexto en el Quersoneso, cuando Xantipo los sitió por hambre; y en una hambre general, los Espartanos se comían las mismas sabandijas que inundaban sus campos, estragaban sus mieses y mataban sus rebaños<sup>3</sup>. Tan cierto es que nunca el hambre fué remilgada ni quisquillosa, y como testificó Job, aleccionado por la experiencia, es regaladísimo plato en tiempo de necesidad lo que en días de abundancia nos daba hastío: *Quae prius nolebat tangere anima mea, nunc proae angustia cibi mei sunt*<sup>4</sup>.

los griegos. Decid, pues, oyentes míos, ¿es hambre de divina palabra que no halléis un predicador que os guste, ni un sermón que os llene y satisfaga, y ser de día en día más melindrosos y delicados? Quejase uno de escasa erudición en el discurso, quisiera otro más amenidad en el estilo, éste tacha el lenguaje de inculdo y desaliñado, nota aquél pobreza de conceptos y de rasgos verdaderamente elocuentes.

Conclusión apoyada. ¿Y es esto buen hambre de verdad? No, católicos, sino hastío y disgusto de ella. ¿Queréis verlo con vuestros ojos? Vosotros exigís grandes primores

de elocuencia; Decid, pues, oyentes míos, ¿es hambre de divina palabra que no halléis un predicador que os guste, ni un sermón que os llene y satisfaga, y ser de día en día más melindrosos y delicados? Quejase uno de escasa erudición en el discurso, quisiera otro más amenidad en el estilo, éste tacha el lenguaje de inculdo y desaliñado, nota aquél pobreza de conceptos y de rasgos verdaderamente elocuentes.

pruébase por distribución. ¿Y es esto buen hambre de verdad? No, católicos, sino hastío y disgusto de ella. ¿Queréis verlo con vuestros ojos? En lugar de ir ansiosos tras las galas y vana pompa del estilo, procurad sentir hambre y estaréis todos contentos. Un convite á gente necesitada y hambrienta, en pocos instantes se prepara<sup>5</sup>. Presto tuvo aparejada la comida el profeta Habacuc, y la llevó en una espuerta á sus pobres segadores; presto dispuso Eliseo la comida, y la dejó sobre el arado para sus rústicos gañanes.

Luego. Confirmase (7) por la facilidad de satisfacer á los hambrientos; con autoridad

y ejemplo. Pero si ha de ser para inapetentes y desganados, ¡válgame Dios y qué de apuros, y cuánto volver y revolver! Es

pero si ha de ser para inapetentes y desganados, ¡válgame Dios y qué de apuros, y cuánto volver y revolver! Es

<sup>1</sup> Cic., lib. V Tusc. —<sup>2</sup> Gellius, lib. 18, c. 2.

<sup>3</sup> Sab., L. 2, Ann. 3.—<sup>4</sup> Job, vi, 7.

<sup>5</sup> Facile est pascere... nihil aliud desiderantes, quam impleri. Parvo factus constat, magno fastidium. Sen., Epist. 17, edic. de Lemaire.

necesario, como aquel otro monarca, ofrecer premios á los inventores de nuevas viandas y potajes, porque ya los usados dan hastío, y, como dice el Espíritu Santo en los Proverbios: — «El alma harta pisará los panales de miel». *Anima saturata calcabit favum*<sup>1</sup>. Es necesario ojear los montes y traer á porfía las aves más exquisitas. Es necesario buscar en las playas más remotas y en las provincias más apartadas un bocado que satisfaga y dé contento á los ya gastados paladares. Así que os confesaré, oyentes míos, lo que siento. Si tenéis verdadera hambre de divina palabra, espero en Dios que acallaré y aun hartaré vuestro deseo; mas, si no, desconfío daros gusto. Antes me persuado que raras veces acudiréis al templo, y entonces asistiréis como desganados á la mesa, sin apetito, sin deleite, sin alimentar vuestras almas con el suavísimo pan que tan copiosamente se os reparte, y aun tal vez distribuyendo á los demás el bocado que habríais menester para vosotros mismos. ¿Qué quiero decir con esto? Escuchadme con atención.

con autoridad y enumeración.

Conclusión y temores del orador.

Transición.

## VI

Un hambriento, sentado á la mesa, no repara en los circunstantes, ni atiende á regalarlos de su mano; sólo mira por sí y á acallar el apetito que ruge en sus entrañas. Y así, le veréis abalanzarse á la comida, acometer á todas partes y derramarse sobre todos los platos, como el Eclesiástico lo nota, diciendo: — *Effundit se super omnem escam*<sup>2</sup>. Si tuvierais vosotros deseos y hambre de la palabra de Dios, la tomaríais toda para satisfacer vuestra necesidad, y no haríais como muchos, cuyo empleo en el sermón no es otro que repartir, á manera de trinchante, lo que ellos habían menester. ¡Oh qué buen punto éste para enseñanza de aquel ambicioso y solapado! ¡Oh qué bien cuadra esta doctrina á aquel soberbio! ¡Oh si estuviera presente aquella otra, henchida de vanidad y fausto! — Dejad á los demás; convidad

Arg. 5.ª Quien siente hambre, sólo atiende á sí.

por hipotiposis.

Vosotros reparáis largamente á los demás;

por distribución y prosopeya.

<sup>1</sup> Prov., xxvii, 7.—<sup>2</sup> Eccl., xxxvii, 32.



Luego. dos sois en este celestial convite; comed y hartaos, que lo que á otros repartís lo robáis á vuestras almas.

Confirm. á contrariis en el. Imitad al varón sabio, de quien dice el Espíritu Santo que toda palabra que oyere la tendrá por buena y se la aplicará á sí: *Verbum sapiens quodcumque audierit sciens, laudabit, et ad se adjiciet* <sup>1</sup>. El varón prudente escucha con atención, reflexiona sobre sí, incorpórase la doctrina y medra y crece cada día. Así el cinamomo, plantado en lugar humedo y pantanoso, absorbe de tal suerte toda la humedad, que deja seca y enjuta la vecina tierra. Así el ciprés, arraigado en suelo fértil, atrae hacia sí tan fuertemente la substancia de la tierra, que llega ésta á desjugarse, y se marchita cuanto hay alrededor. ¿Queréis, pues, medrar y sacar abundantísimo fruto de la predicación? Venid con hambre, y seréis sin duda de los alabados por nuestro Señor Jesucristo en aquellas palabras: *Audientes verbum, retinent* <sup>2</sup>; cuanto oyereis os lo incorporaréis en vosotros, lo fijaréis en vosotros, y lo entrañaréis en vuestros corazones; y á semejanza del vellocino de Gedeón, embeberéis en vuestro seno todo el celestial rocío, sin desperdiciar una gota.

## VII

Arg. 6.º. La suma de esta calamidad es, que no hay hambre de la divina palabra entre los católicos, y así no es de maravillar que sean tan pocos los que, mirando á sí, aplican las comunes enseñanzas á su espiritual aprovechamiento, y tantos los incautos que se dejan robar del demonio la ilustración que recibieron, el movimiento que sintieron, la semilla que sembró en su pecho el sembrador divino. Son los demonios aves de rapiña que, apenas os sentáis á la mesa, acuden en tropel y procuran arrancaros el plato de las manos, y aun el bocado de vuestras mismas entrañas. Sentencia es ésta del Salvador del mundo. Viene el diablo, dice, y quita del corazón de ellos la palabra celestial, para que

Arg. 6.º. Decías que los demonios os roban la palab. div. Luego no tenéis hambre de ella.

Transición perfecta.

Ojeriza de los demonios.

á la div. pal.

por autoridad de J. C.

<sup>1</sup> Eccli., XXI, 18.—<sup>2</sup> Luc., VIII, 15.

no crean ni se salven. *Veni diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant* <sup>1</sup>.

Apoderados de esta rabia y ojeriza contra la palabra de Cristo, ¿quién dirá las trazas de que se valieron siempre los demonios para estorbar el fruto de la predicación? Leed las historias santas, y os maravillareis. Predicaba el ilustre confesor de Cristo San Antonio de Padua, con tal fama y celebridad, que era forzoso á cada paso trocar los campos en iglesias, donde pudiese oírle la muchedumbre de innumerables aldeanos y gente principal que inundaban la campiña. Y ¿qué hacían los demonios, envidiosos de tanto bien? Ya rompían con estrépito el tablado desde donde el Santo predicaba, para armar zambra y gritería; ya se aparecían en forma de postas ó correos que traían pliegos urgentísimos con que distraían á la gente y despertaban mil cuidados y zozobras; y, no contento su furor, fraguaban en la atmósfera súbitas y horribles tempestades, con truenos, relámpagos y aguaceros espantosos, porfiada batería con que procuraban atemorizar al auditorio y que huyesen acá y allá despavoridos <sup>2</sup>. Predicaba Santo Domingo de Guzmán, y los espíritus inmundos venían á bandadas y atravesaban el auditorio en figura de viles y feísimos lagartos. Predicaba San Vicente Ferrer, y aparecían galopando y relinchando, como caballos desbocados. Y, por abreviar, predicaba Cutberto de Lindisfarnes en una plaza espaciosa, cuando á deshora levantaron allí cerca un incendio tan furioso, que alborotada la gente huía al socorro, hasta que el buen predicador, ya ronco y fatigado de gritar que no se fuesen, que estuviesen quedos, que todo aquel incendio era fantástico y promovido por arte del demonio, hizo en el aire la señal de la cruz, y las llamas se esparcieron, el fuego se disipó, desvaneciéndose el humo y se cambió como por encantamiento aquella escena de terror. ¡Tales y tantos son los embustes y marañas de los infernales espíritus para robar, aun á las almas hambrientas, el pan de la divina palabra! *Ut tollat verbum de corde eorum*.

Bien sé yo que en nuestros días, donde los cristianos no

<sup>1</sup> Luc., VIII, 12.—<sup>2</sup> Apud Sur. in vita.



sienten esta hambre y deseo de verdad, no se valen los demonios de artificios tan extraños y ruidosos para arredrar á los fieles de oír la palabra de Dios. Mas todavía ¿creéis que invisible y calladamente no emplean ahora las mismas invenciones? Cuando os sobreviene de improviso en el sermón un fastidio insoportable y os hace parecer el discurso pesado, ó importuno, ó enmarañado, ó excesivamente largo; cuando os fatiga el sueño sin saber por qué; cuando se os huye la imaginación por su naturaleza cerril y vagabunda; cuando los ojos se os desmandan sin querer á mirar acá y acullá, quién entra y quién sale de la iglesia; cuando os saltan mil pensamientos ó feos ó impertinentes, ¿qué pensáis que son tantas distracciones, sino trazas del demonio para quitaros el pan de la boca y haceros perder aquella frase, aquellas razones, que por ventura muy luego habríais menester? Son los ladrones del infierno que vienen á saquear vuestro corazón <sup>1</sup>, para robar, como dijo San Ambrosio, la palabra de Dios del ánimo hipócrita y derramado. Son los carniceros buitres que se abalanzaban al canastillo del criado de Faraón <sup>2</sup>. Son las águilas que revolotean en torno de las víctimas, mientras estaba sacrificando el patriarca Abraham <sup>3</sup>.

secretamente,

por enumeración  
y sustentación  
oratoria.Terminación por  
enfáticas repeti-  
ciones

y alegorías expresivas.

Peroración rápida

por afectos de dolor.

Transición

por terribles presentimientos.

Oíd, pues, con suma atención y acatamiento, atad vuestras potencias, recoged vuestros sentidos; porque, si no aventáis tantas aves de rapina, que andan á vuestro alrededor, os volveréis ayunos á vuestras casas. Y ¡quiera Dios que no imitéis al perverso Judas, el cual se levantó de la mesa antes que se concluyera la cena, y salió precipitadamente! *Exivit continuo* <sup>4</sup>. Pero ¿cómo estaréis atentos, si no sentís hambre y codicia de verdad? Esta es la raíz, éste el origen de todos los daños y desórdenes. Que no tenéis gana los más de vosotros, no os desasosiega ni solicita el hambre de doctrina celestial; y si ésta falta en el corazón del cristiano... ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué lúgubre pensamiento me asalta! Apenas oso decirlo; pero si esta hambre os falta en vuestro corazón, creedme, estáis perdidos.

<sup>1</sup> Ut auferant verbum de incuriosi et dissimulantis affectu. In Ps. 118.<sup>2</sup> Gen., xl, 17.—<sup>3</sup> Gen., xv, 11.—<sup>4</sup> Joan., xiii, 30.

## VIII

¡Terrible sentencia se me escapó de mis labios! Mas ¿por ventura la dije sin razón? Oíd la espantosa voz de Ca-  
Arg. 7.<sup>o</sup>  
De los consiguientes, y afectos de te-  
sodoro: *Grandis morbus et execranda calamitas, divinae legis appetentiam non habere* <sup>1</sup>. Gran calamidad es, y enfermedad gravísima, no sentir hambre de la divina ley. El hambre y apetito de comer es señal, y de las más evidentes, de que hay salud y buena disposición en el cuerpo; y el hambre de manjar espiritual es uno de los indicios más infalibles para conocer si hay salud y buena disposición en el alma. Así lo enseñan á una voz todos los santos. Así San Juan Crisóstomo <sup>2</sup>; así el glorioso San Bernardo <sup>3</sup>; así San Ambrosio y San Agustín <sup>4</sup>; así el bienaventurado San Gregorio <sup>5</sup>; así, finalmente, el Santo de los santos, Jesucristo nuestro Señor, al darnos aquella señal indefectible para distinguir los predestinados de los réprobos, conviene á saber, que los predestinados oyen con gusto la palabra de Dios, y los réprobos con desgana y fastidio. *Qui ex Deo est, verba Dei audit*: de donde colige el Salvador aquella consecuencia verdaderamente aterradora en condenación de su pueblo: *Propterea vos non audistis, quia ex Deo non estis* <sup>6</sup>. Por eso vosotros no me oís, porque no sois de Dios, no sois del bendito número de los escogidos.

Ni hay por qué maravillarse, cristianos. Esta fué la traza de la divina Providencia: que, los que se habían de salvar, se salvaran mediante la predicación del Evangelio. Oíd, pueblos, oid, exclama Dios por el profeta Isaías, y vuestra alma vivirá. *Audite, audite, et vivet anima vestra* <sup>7</sup>. Pudiera su Majestad, ¿y quién lo duda?, llevar á los predestinados por otras vías diferentes; ora fuese por celestiales apariciones, ora por medio de inspiraciones y hablas espirituales, ora alumbrándolos con la lumbré de su rostro, hiriendo su oído y tocándoles el corazón, sin mediar estos

Tener hambre de la pal. div. es señal de predestinación; no tenerla, de reprobación.  
Luego sembrad, hermanos.

Antec. por semejanza del hambre corporal;

por congeries de testimonios humanos

y divino

Por razón teológica

y ley de la divina Providencia

y comprobada por autoridad divina.

<sup>1</sup> Apud Lorin. in ps. cvj, 18.—<sup>2</sup> In Gen., hom. 4.—<sup>3</sup> Serm. 1 Septuag.<sup>4</sup> Tract. 42 in Jo.—<sup>5</sup> Hom. 18 in Ev.—<sup>6</sup> Joann., viii, 47.—<sup>7</sup> Is., lv, 3.



llamamientos exteriores. Mas no lo dispuso así por ley ordinaria; sin duda, como nota San Bernardo <sup>1</sup>, para que entrase la vida por donde entró la muerte. La muerte entró por los oídos, abiertos á las blandas lisonjas de un falso predicador, que fué la serpiente en el paraíso terrenal, y por los oídos abiertos al predicador de la verdad ha de entrar la vida y la salud <sup>2</sup>.

por testimonio humano y congruencia,

por ejemplos insignes

Nabucodonosor

1.ª parte

2.ª parte

David,

Josafat,

(preterición)

San Agustín

(contraste).

Conclusión por exiplición oratoria,

Nabucodonosor, rey de Babilonia, vió con sus propios ojos derribarse por tierra aquel árbol encumbrado, símbolo de su pujanza; vió desprenderse el fruto y marchitarse las flores; vió cómo se secaba y se desvanecía el pomposo follaje, y vió súbitamente huir las aves que anidaban en sus hojas, y las fieras que se abriganaban en su tronco. Mas por ventura ¿bastó tan lastimero espectáculo para commover su pecho y abatir su soberbia? No, sino que fué menester que oyese la viva voz del inspirado Daniel <sup>3</sup>. David, aunque de corazón tan dócil, no se movió á penitencia de la muerte alevosa dada al buen Uriás hasta que oyó de viva voz la reprensión de Natán <sup>4</sup>. Josafat, de conciencia tan delicada y de corazón tan recto, no acabó de detestar la alianza que con Acab había concertado hasta que oyó la viva amonestación de Jehú <sup>5</sup>. Y por el estilo veréis, recorriendo las historias de los santos, que, de cien conversiones notables acaecidas en la cristiandad, las noventa y nueve se siguieron á la predicación de la palabra de Dios. Traed á la memoria la del glorioso doctor San Agustín, á quien, ¡cosa admirable!, ni el ingenio portentoso, ni su vasta y casi infinita lectura, ni su tesón perseverante en el estudio, ni su hambre insaciable de verdad fueron parte por sí solas á reducirle á buen camino; mas fué necesario que estuviese pendiente como un niño de los labios de San Ambrosio, y no acabó consigo de enderezar sus torcidas costumbres hasta haber oído y empapádose bien en las enseñanzas públicas y conversaciones privadas del celosísimo pastor.

Locura es, pues, y desatino grande, presumir llegar al cielo por otras sendas que las ya trilladas y conocidas. Pre-

<sup>1</sup> Ser. 18 in Cant. — <sup>2</sup> Auris prima mortis Janua, prima aperit ur et vitae  
<sup>3</sup> Dan., 1, 4. — <sup>4</sup> 2 Reg., XII, 1. — <sup>5</sup> 2 Paral., XXIX.

dicación habéis menester; por la predicación quiere Dios encaminaros á la gloria. Lo que oyereis en determinado día, en tal iglesia, de aquel predicador es, en conclusión, lo que os alumbrará y herirá vuestra conciencia. A esa palabra vinculó el Señor vuestra conversión, si sois pecadores, y vuestro acrecentamiento en la virtud, si estáis en gracia. Creedme, hermanos míos, que no sin causa inculca el Espíritu Santo, y en tantas formas y con tanto ahinco repite que le oigamos. Oye, dice, hija mía; ve é inclina tus oídos: *Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam* <sup>1</sup>. Y en otro lugar: *Inclina tu oído y recibe las palabras de la sabiduría: Inclina aurem tuam et suscipe verba intellectus* <sup>2</sup>. Y otra vez: *Inclina tus oídos y oye las razones de los sabios: Inclina aurem tuam et audi verba sapientum* <sup>3</sup>. Y antes dijo: No ceses, hijo mío, de estar atento á mi enseñanza: *Non cesses, fili, audire doctrinam* <sup>4</sup>. Sabe muy bien su Majestad cómo y por dónde ha de penetrar en lo secreto del corazón humano.

Todavía más: nadie de vosotros ignora, á lo que entiendo, que en las Sagradas Escrituras son figurados los escogidos con el nombre de sabios ó cuerdos, y con el de réprobos los necios é insensatos, según se colige de la parábola de las vírgenes, cinco de ellas admitidas á las bodas, y cinco excluidas por el divino Esposo. Esto presupuesto, y por necios los réprobos.

¿acertaríais á decirme cuál es el carácter y peculiar divisa que da el Espíritu Santo para distinguir los tontos de los cuerdos? Qué, hablándoles de su propia salvación, oye con gusto el sabio, mas el necio con disgusto y pesadumbre. El varón prudente; dice en su lugar, oye los consejos: *Qui sapiens est audit consilia* <sup>5</sup>. Y más herrfiosamente: El oído de los sabios anda buscando la doctrina: *Auris sapientium quaerit doctrinam* <sup>6</sup>. Y más arriba: El corazón del sabio busca doctrina y lumbré de verdad: *Cor sapientis quaerit doctrinam* <sup>7</sup>. Y aún lo encarece más en otro pasaje: El oído bien educado oírá con ansia las palabras de la sabiduría: *Auris bona audiet cum omni concupiscentia sapientiam* <sup>8</sup>.

Pero, al contrario, ¿qué dice al señalar la condición de y la señal

<sup>1</sup> Ps. XLIV, 11. — <sup>2</sup> Ecl., II, 2. — <sup>3</sup> Prov., XXII, 17. — <sup>4</sup> Prov., XIX, 27.

<sup>5</sup> Prov., XII, 15. — <sup>6</sup> Prov., XVIII, 15. — <sup>7</sup> Prov., XV, 14. — <sup>8</sup> Ecl., III, 31.

y amontonamiento de textos de precatórios.

Confirmación escríptural.

Por cuerdos se entienden los predestinados,

y por necios los réprobos.

Mas la señal ó divisa de los cuerdos es oír con gusto la div. pal.

(por testimonios divinos)



de los necios es desoír á recibir-la con pesadum-bre;

(por congeries de autoridades)

Salomón

Isaías

(énfasis).

Luego estáis desahuciados si no tenéis hambre de verdad.

Amplificación visiva

y exhortación á salir de este estado,

los necios? Escuchad, hermanos míos, escuchad, que es cosa que verdaderamente espanta. No recibe el necio, no dice, las palabras de la prudencia: *Non recipit stultus verba prudentiae*<sup>1</sup>. Y con más amargura: El necio hace escarnio de la disciplina: *Stultus irridet disciplinam*<sup>2</sup>. Y en otro lugar: Los necios menosprecian la doctrina de la verdad: *Stulti doctrinam despiciunt*<sup>3</sup>. Y más vivamente: El hipócrita y engañador no oyen cuando les reprenden: *Qui illusor est, non audit, cum arguitur*<sup>4</sup>. Y por manera más viva, si cabe: Con un dormido se pone á hablar quien al necio enseña sabiduría: *Cum dormiente loquitur, qui narrat stulto sapientiam*<sup>5</sup>. Y por abreviar: El apestado de necedad no puede sufrir que le corrijan, ni da un paso por oír á los varones sabios: *Non amat pestilens cum qui se corripit, nec ad sapientes graditur*<sup>6</sup>. Tanto es así, que movido el profeta Isaías de estos y otros innumerables testimonios de Salomón, cuando más adelante quiso ponderar la ruina y perdición de los Israelitas, llámales hijos rebeldes, hijos indisciplinados, hijos que cerraban sus oídos á los mandamientos de la ley. *Filii nolentes audire legem Dei*<sup>7</sup>, que era intimarles la sentencia de condenación.

¿Qué decís, pues, hermanos míos, qué decidís? ¿Os parece pequeña dolencia no tener hambre de la palabra de Dios? Desahuciados estáis, no de médicos de la tierra y sujetos á engaño, sino del Médico infalible; corriendo vais precipitadamente, no á la muerte del cuerpo, sino á la muerte sempiterna del alma. El principio del apartarse de Dios, exclama Paladio, es tener hastío de la sabiduría y no apetecer lo que siempre codician<sup>8</sup> los amadores de Dios<sup>8</sup>.

Pues ¿qué haréis, hermanos míos, para conjurar esa funestísima señal, mensajera de eterna condenación? Avivar más y más en vuestras almas esa hambre de celestial doctrina, y avivarla apartándoos de esos públicos espectácu-

<sup>1</sup> Prov., xviii, 2.—<sup>2</sup> Prov., xv, 5.—<sup>3</sup> Prov., i, 7.—<sup>4</sup> Prov., xiii, i.

<sup>5</sup> Eccli., xxii, 9.—<sup>6</sup> Prov., xv, 12.—<sup>7</sup> Is., xxx, 9.

<sup>8</sup> *Initium recedendi a Deo, fastidium doctrinae est, et cum quis non appetit illud, quod semper anima esurit, quae diligit Deum. (De vit. Patr., lib. 5. Libell. 10, n. 67.)*

los que yo mismo más de una vez he visto abiertos en los días más sagrados y solemnes; avivarla no dando oídos á parlerías vanas y de cosas del mundo; avivarla apartando con resolución de vuestros labios la ponzoñosa copa de malos libros y folletos, de novelas y periódicas ilustraciones, por repetición ó libres ó poco religiosas, dulces acaso al gusto de la carne, pero de amarguísimos dejos; y, sobre todo, avivarla con asistir lo más frecuentemente posible á los sermones y adonde se hable de Dios; porque, notad esta maravillosa diferencia entre los manjares corporales y espirituales: que aquéllos, para que uno sienta hambre de comerlos, es necesario abstenerse de ellos ó tomarlos con templanza; mas, para acrecentar el hambre de los espirituales, no hay mejor medio que comer de ellos con abundancia.

## PARTE SEGUNDA

### IX

Eficacia de la div. palabra.

¿Imagináis que no penetro vuestros pensamientos y lo que, oído este sermón, iréis diciendo al volver á vuestras casas?: Que no es oro todo lo que resplandece, ni celo de la honra de Dios todo lo que dicen los predicadores; que veis en mis razones alguna sombra de interés y de amor propio; que yo desearía numerosa concurrencia á mis discursos, y que á este fin encarecí tanto la necesidad de tener hambre de la palabra de Dios, la cual, si se sintiese como es razón, se llenaría la iglesia cada día.

Oyentes míos, ¿qué queréis que responda á este reparo? ¿Que no gustaría de ver siempre este concurso? Sería preciarle locamente de más santo que un San Agustín, quien, en sus homilías sobre los Salmos, alaba con frecuencia á sus hijos muy amados por la presteza con que acudían á escucharle; sería presumir de más virtud que San Bernardo, quien, en sus sermones de Septuagésima, celebra con ternura y elocuencia la atención de sus monjes y devoto auditorio; sería querer aventajarme á la humildad de San

Refutación por vía de digresión.

— Pretendís con esto atraer mucho auditorio.—

Resp. a) Concediéndolo, pues también lo desean los santos.

San Agustín,

San Bernardo,



San Crisóstomo: Crisóstomo, el cual por maravilla predicaba al pueblo, que no le diese el parábene de su mucha asistencia, ó no se doliese de su escaso número; y solía decir, por dulcísima comparación, que le pasaba á él lo que á la madre, cuando repara que falta á la mesa uno de sus hijos, que se acongoja y no come, y todo es preguntar qué se hizo del que no parece. Oid sus regaladas quejas: Túrbase mi corazón y queda atajado mi pensamiento, sin saber cómo seguir, al reparar en los que faltan. Porque, así como la piadosa madre, si asentados sus hijos á la mesa, advierte que falta alguno, se turba y se condeule, así me pasa ahora, hijitos míos<sup>1</sup>. Líbreme Dios, pecador de mí, de hacer hoy del indiferente y despegado, y á quien nada importa que sean muchos ó pocos los oyentes. Querría, por el contrario, veros aquí á todos, si ser pudiese; querría que siempre se llenase de cabo á cabo este espacioso templo.

Resp. Pero, dado que sea así como lo digo, agravio me hacéis  
 f) Negado que sea por ambición y de gloria  
 precación), y sinrazón muy grande con suponer que obro así para granjearme honra y estimación. Tal vez sea verdad, y no osaré negarlo, porque es un abismo del corazón del hombre, y muy profunda la ambición de gloria, y hay quien de fuera se humilla, amonesta el Espíritu Santo, y dentro está lleno de delo y soberbia. *Esti qui nequit humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo*<sup>2</sup>. Espero, no obstante, en la misericordia de Dios que no es así. Porque ¿os dije, por ventura, que vinierais á mí precisamente? No os faltarán, en este sagrado tiempo, predicadores más sabios y más fervorosos, que os aderezarán manjares más gustosos donde satisfagáis vuestra hambre. Atended únicamente al provecho de vuestras almas, y donde halléis mesa más rica y viandas más substanciosas y proporcionadas á vuestra disposición, allí encaminaos, rompiendo todo otro respeto. Sólo os pido que no dejéis ayuna la pobrecita alma.

Amplificación - Hermanos míos, á quienes amo con todo mi corazón,

<sup>1</sup> Refugit et torpet circa doctrinam hanc cogitatio nostra propter eos qui non venerunt. Sicut enim pia mater, mensam apponens, non omnibus filiis presentibus dolet et gemit, hoc et ego nunc patior. (Hom. 9 ad Pop.)

<sup>2</sup> Eccli., XIX, 23.

¿no es caso lastimero que, para mantener y regalar este cuerpo hediondo y corruptible, se trabaje tanto, se piense tanto, se gaste tanto, y que el alma inmortal y divina quede olvidada y hambrienta, y aun lanzada, como perro muerto, al muladar? ¿Quién me dará fuentes de lágrimas para llorar tal locura y desatino? ¿Quiénes palabras, quién hondos gemidos y ayes profundos para lamentar y detestar ese olvido y embaucamiento de los hombres? Un solo día que se os pase el cuerpo sin comer, es gran tormento; y el alma pásase un día y otro día, un mes y otro mes sin probar una migaja de pan, un bocado de celestial doctrina, y no hay quien lo llore ni lo sienta. ¡Oh, si supierais el inmenso fruto de un sermón devotamente oído! ¡Oh, si Dios nuestro Señor os lo diera á entender! Creedme, no ahorraríais ni trabajos ni fatigas por oirlo.

## X

De Pablo, por sobrenombre el Simple, se refiere que acostumbra ponerse enfrente del cancel ó puerta de la iglesia, para observar con los limpios ojos de su espíritu las almas de los que entran y salen. Cuando he aquí, ¡vista terrible y verdaderamente infernal!, que una mañana vió entrar á cierto pecador que venía todo descolorido, todo hediondo, desfigurado y monstruoso, á quien arrastraban con cadenas dos demonios abominables, y tras él, y algo apartado, vió al Angel de la guarda que le seguía lentamente y con semblante triste y lloroso. Como vió tal vista el compasivo Pablo, rompió á llorar muy amargamente, pero el cielo le consoló muy presto. Porque al salir aquel miserable de la iglesia, no sólo le vió libre de la infernal canalla, sino tan hermoso, tan limpio y resplandeciente que apenas lo distinguía de su ángel, que al lado mismo, no ya mustio y pesaroso, mas alegre y regocijado le seguía. Corre á su encuentro, le detiene, y por Dios le ruega y le suplica que le declare lo que ha pasado por su alma. El hombre ábrele su pecho, y le dice cómo al oír del predicador aquellas palabras de Isaías: Si vuestros pecados fuesen rojos como es-

lorando el descaído de los hombres,

por exclamaciones de dolor

por comparación á majori.

Transición.

Eficacia de la div. palabra por sus efectos.

Visión de Pablo.

1.ª parte. El pecador, por hipotiposis

2.ª parte. El justo.

por imagen apasible

prosopeya.



carlata, se blanquearán como la nieve: *Si fuerint peccata vestra, ut coccinum, quasi nix dealbabitur* <sup>1</sup>, se sintió de repente tan alentado con la esperanza del perdón, y tan movido á penitencia, que, rotos ya los lazos de sus vicios, se retiraba á su casa con firme determinación de mudar de vida.

Otros efectos cotidianos

¡Oh cristianos! ¡Quién tuviese ojos para ver cuán trocados salen muchos del sermón, y cuán diferentes de como entraron! ¡Qué mudanzas de la diestra del muy Alto! ¡qué transformaciones! ¡qué cambios veríamos tan maravillosos y repentinos! A este intento nota agudamente San Crisóstomo, que los animales salieron del arca de Noé cuales habían entrado. El cuervo, salió cuervo; el lobo, lobo; la raposa, raposa; y el erizo salióse del arca tan armado de púas como antes <sup>2</sup>. Pero de la iglesia, añade el mismo Santo, salen los cristianos muy otros de los que entraron, no porque muden de naturaleza, sino porque se despojan de su malicia y hombre viejo <sup>3</sup>. Entró en la iglesia aquel pecador empedernido en su maldad, el cual iba dando largas á la penitencia, diciéndose cada día como el cuervo: mañana, mañana, *cras, cras*; mas vedle que sale trocado de repente en blanca paloma, y ya no cesa de gemir y llorar sus pasados extravíos. Entró en ella como lobo robador aquel usurero, aquel estafador que engordaba con la sangre del pobrecito, y vedle que sale convertido en blanda ovejuela, dispuesto á despojarse de su ropa y de sus bienes para dar de comer al hambriento y cubrir al desnudo. Entró como raposa astuta aquel traidor y ambicioso que se alzó sobre las ruinas de sus émulos; mas vedle salir de la iglesia hecho un manso cordero, resuelto á dejar que prospere todo el mundo, aun á costa de sus propios agravios y humillación. Y aquel otro impaciente y mal sufrido, que como erizo punzaba sin piedad á cuantos se le llegaban, sale ya tratable, como animal doméstico que se deja acariciar de los muchachos.

por comparación á contravisita de los animales que entraron en el arca.

Aplicación por distribución gramática.

los que dilatan la conversión.

los avaros,

los ambiciosos,

los iracundos.

<sup>1</sup> Is., I, 18.—<sup>2</sup> Arca quidem qualia excipiebant animalia talia conservabat. (Hom. 3 de poenit.)

<sup>3</sup> Ecclesia vero semel suscepta animalia immutat; non quidem variata natura, sed explosa malitia.

¿Qué novedad es ésta? Mudanzas son de la palabra de Dios, la cual, embebida é incorporada en el alma, tiene virtud para obrar estas maravillas y mudanzas prodigiosas, y para trocar los hombres en ángeles y serafines. Esta palabra transformó en Egipto á un bandolero y asesino, por nombre Moisés, en devotísimo ermitaño, con un sermón del infierno que acertó á oír por casualidad; ésta hizo á Pelagia, de ramera, santa y ejemplar de penitentes; ésta convirtió á una Tais, de mujer liviana y disoluta, en dechado de humildad y mortificación; y ésta también, ¡dichosos de vosotros!, espero que os trocará con su virtud, de pecadores ó menos santos, en santos y perfectos cristianos.

¿Quién no ha de tener hambre de manjar tan poderoso de mantenimiento tan eficaz? Sí, hermanos míos, torno á decir, con todas las veras de mi alma: avivad esa hambre en vuestro pecho, pedidla instantemente á Dios nuestro Señor, despertadla más y más con la reflexión; y si ya existe por la divina misericordia en vuestras entrañas, dad de mano á los placeres de la tierra y buscad esa comida á toda costa. De los cercados y hambrientos en Jerusalén, dice el Profeta, que todo lo vendían por tener un mendrugo de pan: la plata más rica, el oro más acendrado, las joyas y piedras más lindas y preciosas: *Dederunt pretiosa quaeque pro cibo ad refocillandam animam* <sup>1</sup>. Tal debiera ser vuestra hambre y como agonía de hartaros de ese celestial manjar, que os moviese á hollarlo todo, á venderlo todo, hasta lo más querido y estimado.

Quando se trata de oír la palabra de Dios, atrás intereses de la tierra, atrás negocios mundanales, atrás visitas importunas, atrás pleitos, atrás las criaturas todas y hablo sólo el Criador. ¡Atendió á su primogenitura el hambriento Esaú! De ninguna manera; antes la dió, con gran mengua de su fama y posteridad, por un plato de lentejas. Estimulados del hambre, empeñaron unos sus alhajas, otros sus vestidos, otros su casa, y los Egipcios entregaron sus haciendas á José. Vuestra alma pide pan del cielo: dádselo pues, cueste lo que costare.

Confírmase con ejemplos históricos, y por repetición y antiteus:

Moisés,

Pelagia,

Tais,

vosotros.

Peroración enfática;

por exhortación,

comparaciones a mayoría,

repetición enfática,

afectos de menoscipio del mundo,

otras comparaciones,

terminación abrupta.

<sup>1</sup> Thren., I, 11.



## OBSERVACIONES CRÍTICAS

### ACERCA DEL DISCURSO CUARTO

El minucioso análisis y como anatomía que hemos hecho de los tres primeros sermones, descubren bastante la armazón de un discurso, y el secreto de convencer y persuadir, fin de estos estudios de elocuencia. El mismo artificio, el mismo orden y encadenamiento en las pruebas, la misma gradación, interés y variedad en los afectos hay en todos los demás; pero analizarlos todos tan por menudo y tan prolijamente lo tenemos por innecesario y casi pueril. Para ello sirven las notas marginales, donde se contiene en cifra lo más notable respecto de la invención, disposición y elocución; y quien, mediante ellas, y sobre todo con la atenta y repetida lectura del discurso, no vea en qué consiste la elocuencia, no ha nacido para orador, ni aun para retórico. Con todo esto, alguna observación breve sobre el mérito y traza de cada oración es indispensable para el fin que nos proponemos <sup>1</sup>.

Hasta en las líneas más secundarias se distingue á los grandes pintores, y en las piezas menos acabadas y sublimes se descubre al verdadero orador. Esta de la Palabra de Dios no es grandiosa ni arrebataada, ni debía serlo: es una limpia, copiosa y bien aderezada mesa que pone el predicador á los oyentes, para aliviar sus ánimos después de las agonías del anterior discurso del Perdón de los enemigos, y apercebirlos al siguiente del Juicio.

**Invención.** El fin es despertar el deseo de oír con fruto la palabra de Dios, como disposición necesaria para aprovecharse de ella; y el **medio** para atizar ese deseo es probar que no lo siente el auditorio. ¡Rara y exquisita manera de conseguir una cosa, demostrar que ella no existe! Los **argumentos** están tomados de la **comparación** bíblica entre el manjar y la palabra de Dios, entre el hambre corporal y el hambre espiritual de la verdad. Nunca fué la semejanza ó comparación manantial fecundo de elocuencia. Por esto la deja Séñeri poco á poco, y en la segunda parte casi no la mienta; y aun este símil no es en realidad sino hermosa vestidura de más robustos argumentos nacidos de la utili-

<sup>1</sup> Véase la Introducción.

dad, necesidad y eficacia de la palabra de Dios, que son los que verdaderamente persuaden. El **afecto** dominante es el **deseo**: á éste ayudan, cada uno por su parte, el **amor** de cosa tan divina y excelente; la **vergüenza** de apreciar más los manjares del cuerpo que la verdad, mantenimiento del espíritu; el **temor** de ser condenado por carecer de la señal de los escogidos, y la **esperanza** viendo la eficacia maravillosa de la palabra divina.

**Disposición.** Es naturalísima. El **Exordio** contiene el fundamento de la semejanza. La **confirmación** procede por orden de tiempo, á modo de un convite; pero, dejando luego la metáfora, expone la rabia que los demonios tienen á la predicación, y cómo es señal de los predestinados oírlo con gusto. Síguese la **refutación**, que es muy oportuna y modesta, y la **ilustración** ó ejemplo en confirmación de lo dicho; para que se persuadan los oradores á no predicar nunca sin ejemplos sólidos y bien fundados, que será lo único que se llevarán los oyentes á su casa.

**Elocución.** Es apacible y elegante, y acomodada á la índole del discurso. Unas veces humilde y sencilla, otras graciosa y risueña, otras más grave y levantada, como la conclusión de la primera parte. En esta conformidad y como hermandad íntima entre el objeto y la palabra, entre la idea y el estilo, hacia consistir Marco Tulio el primer de la elocuencia: *Is enim est eloquens, qui et humilia subtiliter, et magna graviter, et mediocria temperate potest dicere.* (Or. XXIX; según otros, XVI.) Aquel verdaderamente es elocuente, que las cosas humildes acierta á expresarlas con ingenio y sencillez, las sublimes con sublimidad, las llanas con llaneza y no muchos atavíos.

